

**PADRES DE LA PATRIA Y EL PASADO PREHISPÁNICO:
CONMEMORACIONES DE LA INDEPENDENCIA DURANTE EL SIGLO XIX**

*Rebecca Earle**

En 1894 ocupó las páginas de los principales periódicos mexicanos un insólito debate. Su impulso fue un artículo escrito con motivo de las fiestas septembrinas de aquel año por Francisco Cosmes —una figura importante de la elite porfiriana— titulado ‘¿A quién debemos tener patria?’. Fue la respuesta la que resultó inflamatoria. Según Cosmes, el verdadero padre de México no fue otro que el conquistador Hernán Cortés: ‘La patria nació’, proclamó Cosmes, ‘no en 1810, no en 1821, sino el día en que Cortés, su verdadero padre, plantó las bases de la nacionalidad mexicana’.¹ No contento con negarles a los próceres Miguel Hidalgo y Agustín de Iturbide su posición de Padres de la Patria, adjuntó un ataque extendido a los desgraciados que creyesen ‘que la nación mexicana de hoy (. . .) fue conquistada por Cortés [y] (...) que la independencia que realizó fue una vindicación de los derechos de [los aztecas]. Aún hay gentes de buena fe —escribió— ‘que no puede consolarse (. . .) de que a [Cuauhtémoc] se le hubiese quemado los pies’. Lejos de ser azteca, insistió, la civilización mexicana era española, ‘sin deber nada a los aztecas, sin descender siquiera de ellos’. Así lanzó Cosmes un desafío, una defensa de la herencia española de México, excluyendo completamente al legado indígena.

La respuesta a esta provocación no tardó en llegar. Como se esperaría, los periódicos conservadores celebraron que un diario liberal hubiese apoyado las opiniones que ellos predicaban

* Departamento de Historia, Universidad de Warwick (Inglaterra).

Ellos revelan claramente el papel fluctuante que detentaban las épocas precolombinas y coloniales en la narrativa del pasado nacional. En las oraciones oficiales, en artículos periodísticos, y en el ceremonial mismo podemos ver cómo diferentes aspectos del pasado eran (o no) incorporados en la historia nacional. Esto, a su turno, ilumina, no sólo los imaginarios de las elites cuyas opiniones examino aquí, sino también el papel del legado indígena dentro de la historia patria que se iba desarrollando durante el siglo XIX.

Las fiestas cívicas son ocasiones en que el Estado se muestra y se interpreta oficialmente. A través de las fiestas cívicas, los políticos intentan crear, en las palabras del historiador inglés Eric Hobsbawm, 'prácticas (. . .) que pretenden inculcar, por la repetición, ciertos valores y normas de comportamiento, que automáticamente implican una continuidad con el pasado'.^v El problema, en el caso de la Hispanoamérica decimonónica, era decidir en cuál momento del pasado se buscaba la continuidad. Como indica el debate en 1894 con el que empecé, diferentes y contradictorias herencias —la precolombina, la colonial, la nacional— se disputaban para el título de Momento Originario.

Las Fiestas de la Independencia

Los primeros intentos de establecer el linaje de la patria se manifestaban en las primeras fiestas nacionales —aquellas celebradas durante las guerras de la independencia. Las fiestas de la independencia derivaban aspectos de su estructura de las fiestas coloniales, pero su contenido ideológico fue notablemente distinto del de aquellas que, en general, celebraban la Iglesia Católica, la Corona española y la Conquista. Claro que esas fiestas coloniales a veces contenían un subtexto de patriotismo criollo —para los criollos coloniales los conquistadores habían representado la posibilidad de una tradición heroica americana, distinta de la de España. En las fiestas

revolucionarias el subtexto patriótico implícito se volvió explícito, pero los héroes habían cambiado. Reemplazando a los caducos conquistadores estaban los indígenas.

A lo largo de la Hispanoamérica independentista, los indígenas, o más frecuentemente figuras alegóricas representando al indígena, eran incorporados en las celebraciones insurgentes, en las cuales desempeñaban un papel completamente distinto a su papel en las antiguas fiestas coloniales. En lugar de conmemorar el triunfo español sobre el gentilismo, el indio insurgente emblematicaba la injusticia de la Conquista y la legitimidad de la independencia americana.^{vi} Los discursos y la poesía pronunciados en tales fiestas afirmaban la importancia del pasado indígena como justificante de la independencia. Denuncias de la Conquista y del sufrimiento que esta causó a los 'americanos', estos representados simbólicamente como indígenas, eran elementos usuales en las fiestas revolucionarias. Con la independencia, insistió el chileno Mariano Egaña en 1821:

Caupolicán, Lautaro y Colocolo parece que se reaniman para congratularse con sus hijos por la feliz suerte del continente que habitamos. Realizadas hoy las esperanzas que concibieron al morir, (...) miran a su patria independiente y vengados los ultrajes que se les hicieron (. . .) Los sucesores de Manco [Capac], salidos de las tumbas, parece que acompañan el triunfo del General San Martín y que lo introducen a la capital del imperio que sobre la ruina del de los incas estableció la tiranía española y desde las llanuras de Cajamarca, se levanta la sombra de Atahualpa a conducir al héroe para que enarbole sobre el trono de los virreyes el estandarte de la independencia.^{vii}

Tales discursos sugieren, que las pérdidas sufridas por 'nuestros padres', los indígenas, fueron vengadas con la independencia. Las fiestas cívicas manifestaban que la historia del continente empezó antes de la Conquista, cuando sus habitantes gozaban del gobierno sabio y paternal de los incas, los aztecas, y los araucanos, las tres culturas indígenas normalmente empleadas en las fiestas revolucionarias para representar a la idílica América precolombina. Las

fiestas revolucionarias ponían de manifiesto que América tenía una larga e importante historia de independencia —elemento imprescindible de cualquiera Nación aspirante— y que la ‘Nación’ existía antes de la Conquista, la cual fue nada menos que la usurpación de los reinos legítimos de ‘nuestros padres’. Un hilo de linaje metafórico entonces ligaba a la América decimonónica con las civilizaciones precolombinas. El papel español, en cambio, fue enteramente negativo.

No quiero con esto pretender que la Nación imaginada por las elites insurgentes ofreciera mucho espacio cívico para la actual población indígena. Al contrario, los patriotas, en general, creían que los indígenas contemporáneos eran tan degradados por la miseria colonial como para ser incapaces de participar en la vida nacional. Esta retórica así inventaba una versión de la historia que fue, a la vez, inclusiva y exclusiva. Al incorporar el pasado indígena en la narrativa nacional, se valorizaban las civilizaciones precolombinas, al mismo tiempo que se separaban a los indígenas contemporáneos de un legado precolombino que era demasiado abyecto como para comprender. Como dijo Enrique Florescano a propósito de México: ‘al integrar la antigüedad indígena en la noción de patria, los criollos expropiaron de los indígenas su propio pasado, haciéndolo elemento de la legítima y prestigiosa historia de la patria criolla.’^{viii}

Época Nacional

De todos modos, para las elites nacionales, esta versión de la historia, tan popular a lo largo de Hispanoamérica durante la independencia, perdió su encanto en las décadas venideras. Tanto liberales como conservadores descubrieron nuevos héroes y nuevas épocas originarias en que podían situar el nacimiento de la Patria. Para los conservadores, el nacimiento, o al menos la concepción, ocurrió, no en tiempos remotos, sino en 1492, con la llegada de Colón a las Américas. Los oradores en las fiestas cívicas patrocinadas por gobiernos conservadores así recalcaban que omitían de sus discursos toda denuncia de la Conquista. ‘Pasaron los días en que para celebrar la

independencia se excitaban vuestras iras contra vuestros padres; porque (. . .) ¿para qué confundimos? De la descendencia de los conquistadores se ha formado nuestra ascendencia', anunció un conservador mexicano en 1846.^x Oradores conservadores así ofrecían a su público un linaje alternativo; lejos de ser hijos de Moctezuma o de Atahualpa, eran hijos de España. Criticar a España sería entonces 'escupir en el rostro a nuestros padres', en palabras de un escritor guatemalteco.^x

Los liberales, por su parte, reivindicaron el papel paterno de los próceres de la independencia, y de la independencia como el nacimiento auténtico de la Patria. La Revolución de Mayo era la 'época en que nacimos a la vida de las naciones', entonó un orador argentino.^{xi} Los argentinos eran entonces los hijos de San Martín, mientras que Bernardo O'Higgins era el 'padre de Chile'. Paralelamente, los liberales, como los conservadores, empezaban a mostrar un nuevo aprecio por el legado español. En Argentina, la Generación de 1837 reconocía a los conquistadores como sus verdaderos padres, y a España como madre —una situación que muchas veces lamentaban, dado que, en general, consideraban a España como un país y una cultura completamente atrasados y caducos. Uno no siempre se ufana de la familia. En México, el aprecio por la herencia española se manifestaba claramente durante el Porfiriato. Aunque era problemática la proclamación de Cosmes de que Cortés era el padre de los mexicanos —dado que este papel normalmente fue desempeñado por Miguel Hidalgo— nadie le negaba a España su posición de madre espiritual. 'Ah, madre España, tu gran sombra está presente en toda nuestra historia; a ti debemos la civilización', proclamó el historiador y político mexicano Justo Sierra en una fiesta cívica en 1883.^{xii}

El Centenario: la vuelta de la Madre (Patria)

La importancia de España como madre espiritual se veía claramente en las conmemoraciones del Centenario de la independencia, celebradas entre 1910 y 1924. A lo largo de Hispanoamérica las festividades tuvieron participación peninsular considerable. La delegación española a Argentina fue encabezada por la tía del Rey Alfonso XIII; el Marqués de Polavieja, encabezó la delegación a México (donde otorgó a Porfirio Díaz la Orden de Carlos III), y el nieto del general realista Pablo Morillo, encabezó la delegación a Venezuela.^{xiii} En todas partes del continente los gobiernos erigieron monumentos a España, instalaron placas conmemorativas en edificios coloniales y rebautizaron las calles en honor de Isabel la Católica.^{xiv} El período Colonial, que para los patriotas mismos era un tiempo oscuro, ahora se saludaba como el 'fundamento indestructible de nuestra existencia colectiva', el origen de la civilización.^{xv}

La aceptación uniforme de España acompañaba una variedad de visiones del pasado indígena. En México, en 1910, el desfile histórico que formó parte de las celebraciones capitalinas distinguió tres épocas de la historia mexicana: la Conquista, la Colonia, y la Independencia. No figuró la época precolombina como período histórico. La Conquista misma se representó, no como una matanza sangrienta, sino como un encuentro amistoso entre Moctezuma y Cortés, con un personal de casi mil guerreros, sacerdotes y vírgenes indígenas.^{xvi} Indígenas contemporáneos aparecieron en las celebraciones centenarias en Bogotá solamente el tiempo necesario para que el orador declarase que 'la raza indígena fue aniquilada en América', aunque el pasado indígena estuvo presente simbólicamente en dos enormes monolitos del sitio prehispánico de San Agustín, que se transportaron a la ciudad especialmente para las festividades.^{xvii} Los lazos íntimos que ligaban la Nación moderna, no a la época prehispánica, sino a la Colonial, se evocaron claramente en un tomo conmemorativo colombiano, que contrastaba la sombra pálida dejada por los pueblos precolombinos con las impresiones profundas creadas por la Colonia:

¿Cómo poner en parangón a la raza conquistadora y a las infortunadas tribus indígenas? Ah! bien está que tributemos a esos antecesores prehistóricos el homenaje que todo pueblo debe a lo pasado: bien está que admiremos el gesto heroico con que esos grandes caudillos de tez bronceada recibieron el fallo de la adversidad y afrontaron la muerte. (. . .) Pero con todo ¡cuán lejos de nosotros están esos muiscos, panches y pijaos; cuán apartados de todo cuanto forma nuestra vida espiritual! Pasan sus grandes figuras por delante de nuestra imaginación como vagas sombras, trágicas unas, borrosas y pálidas las más. . . En cambio, ¡cuanta vida para el espíritu y para los ojos tiene la época colonial! Y cómo no, si en parte ella persiste y se continúa: si hay sitios en el corazón de Bogotá donde parece que se pasean las sombras de oidores (. . .) y rueda la carroza de los virreyes.^{xviii}

Desde el punto de vista de los pensadores, políticos y elites, Hispanoamérica así entró en su segundo siglo de independencia reconciliada con su pasado español, pero todavía incierta sobre el papel del legado indígena. Mientras que para los insurgentes el pasado indígena representaba una libertad histórica con la cual se buscaba continuidad, para los pensadores finiseculares representaba simplemente una parte —y no la más importante— del vasto conjunto de conceptos y memorias que formaban la herencia nacional. Ahora, que vamos entrando al segundo centenario de la independencia, es un momento apropiado para preguntarnos cuán diferente es la visión de hoy de la Nación y su historia. Pero ese sería tema por otra ponencia.

¹ 'Observador' (Francisco Cosmes), '¿A quién debemos tener patria?', *El Partido Liberal*, México, 15 sept. 1894.

¹ *El Siglo XIX*, México, 20 septiembre 1894.

¹ *El Diario del Hogar*, México, 23 septiembre 1894 y 30 septiembre 1894. Véase también 20 septiembre 1894.

¹ Véase particularmente 'La nacionalidad mexicana', *El Diario del Hogar*, México, 30 septiembre 1894; y Luis del Toro, 'Boletín', *El Monitor Republicano*, México, 19 septiembre 1894.

¹ Eric Hobsbawm, 'Introduction: Inventing Traditions', *The Invention of Tradition*, comps. Eric Hobsbawm and Terence Ranger (Cambridge, 1992), 1.

¹ Para el indígena como símbolo de la independencia americana, véase Rebecca Earle, 'Creole Patriotism and the Myth of the "Loyal Indian"', *Past and Present*, vol. 172 (2001).

¹ *Gazeta Ministerial Extraordinaria de Chile*, 21 Aug. 1821.

¹ Enrique Florescano, *Memory, Myth and Time in México from the Aztecs to Independence* (Austin, 1994), p. 192.

¹ Antonio G. del Palacio, *Oración cívica pronunciada en el palacio del gobierno de Durango . . . el día 16 de setiembre de 1846* (Victoria de Durango, 1846), 7-8.

¹ José Milla, *Explicación de algunos de los conceptos contenidos en el discurso pronunciado en el salón del Supremo Gobierno de Guatemala el 15 de setiembre. de 1846* (Guatemala, 1846).

¹ Ernesto Quesada, 'Alocución patriótica pronunciada en la fiesta anual del Ateneo', 25 mayo 1895 (Buenos Aires, 1895).

¹ Justo Sierra, 'El Día de la Patria', 16 septiembre 1883, *Obras completas* (México, 1991), IX: 108-9.

¹ Fredrick Pike, *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America* (Notre Dame, 1971), 195.

¹ Véase Mauricio Tenorio Trillo, '1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario', *Journal of Latin American Studies* 28:1 (1996), 187-8; Pike, *Hispanismo*, 195; Emiliano Isaza y Lorenzo Marroquín, comps, *Primer centenario de la independencia de Colombia, 1810-1910* (Bogotá, 1911); y Infomes de la Comisión Pro-Centenario, ¿1906?, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Colección Dardo Rocha 3001.

¹ Isaza y Marroquín, comps., *Primer centenario de la independencia de Colombia*, VIII, 29-33, 70-3, 123, 142, 151; y *Centenario de la independencia de la Provincia de Tunja* (Tunja, 1913), 46, 51.

¹ Tenorio Trillo, '1910 México City', 184-6; y Enrique Florescano, *Etnia, Estado y Nación: Ensayo sobre las identidades colectivas en México* (México, 1996), 449.

¹ Ramón Gómez Cuéllar, 'Discurso', *Primer centenario de la independencia de Colombia*, comps. Isaza y Marroquín, 195; y Frédéric Martínez, '¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910', *Museo, memoria y nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Memorias del Simposio Internacional y IV Cátedra Anual de Historia 'Ernesto Tirado Restrepo' (Bogotá, 2000), 325-30. En las provincias las celebraciones ocasionalmente hicieron mención de las civilizaciones precolombinas. Véase José Alejandro Ruiz, 'Excelsior', *Centenario de la independencia de la Provincia de Tunja* (Tunja, 1913), 52.

¹ Isaza y Marroquín, comps. *Primer centenario de la independencia de Colombia*, 70.

ⁱ 'Observador' (Francisco Cosmes), '¿A quién debemos tener patria?', *El Partido Liberal*, México, 15 septiembre 1894.

ⁱⁱ *El Siglo XIX*, México, 20 septiembre 1894.

ⁱⁱⁱ *El Diario del Hogar*, México, 23 septiembre 1894 y 30 septiembre 1894. Véase también 20 septiembre 1894.

^{iv} Véase particularmente 'La nacionalidad mexicana', *El Diario del Hogar*, México, 30 septiembre 1894; y Luis del Toro, 'Boletín', *El Monitor Republicano*, México, 19 septiembre 1894.

^v Eric Hobsbawm, 'Introduction: Inventing Traditions', *The Invention of Tradition*, comps. Eric Hobsbawm and Terence Ranger (Cambridge, 1992), 1.

^{vi} Para el indígena como símbolo de la independencia americana, véase Rebecca Earle, 'Creole Patriotism and the Myth of the "Loyal Indian"', *Past and Present*, vol. 172 (2001).

-
- vii *Gazeta Ministerial Extraordinaria de Chile*, 21 Aug. 1821
- viii Enrique Florescano, *Memory, Myth and Time in México from the Aztecs to Independence* (Austin, 1994), p. 192.
- ix Antonio G. del Palacio, *Oración cívica pronunciada en el palacio del gobierno de Durango . . . el día 16 de setiembre de 1846* (Victoria de Durango, 1846), 7-8.
- x José Milla, *Esplicación de algunos de los conceptos contenidos en el discurso pronunciado en el salón del Supremo Gobierno de Guatemala el 15 de setiembre de 1846* (Guatemala, 1846).
- xi Ernesto Quesada, 'Alocución patriótica pronunciada en la fiesta anual del Ateneo', 25 mayo 1895 (Buenos Aires, 1895).
- xii Justo Sierra, 'El Día de la Patria', 16 septiembre 1883, *Obras completas* (México, 1991), IX: 108-9.
- xiii Fredrick Pike, *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America* (Notre Dame, 1971), 195.
- xiv Véase Mauricio Tenorio Trillo, '1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario', *Journal of Latin American Studies* 28:1 (1996), 187-8; Pike, *Hispanismo*, 195; Emiliano Isaza y Lorenzo Marroquín, comps, *Primer centenario de la independencia de Colombia, 1810-1910* (Bogotá, 1911); y Infomes de la Comisión Pro-Centenario, ¿1906?, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Colección Dardo Rocha 3001.
- xv Isaza y Marroquín, comps., *Primer centenario de la independencia de Colombia*, VIII, 29-33, 70-3, 123, 142, 151; y *Centenario de la independencia de la Provincia de Tunja* (Tunja, 1913), 46, 51.
- xvi Tenorio Trillo, '1910 México City', 184-6; y Enrique Florescano, *Etnia, Estado y Nación: Ensayo sobre las identidades colectivas en México* (México, 1996), 449.
- xvii Ramón Gómez Cuéllar, 'Discurso', *Primer centenario de la independencia de Colombia*, comps. Isaza y Marroquín, 195; y Frédéric Martínez, '¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910', *Museo, memoria y nación: Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Memorias del Simposio Internacional y IV Cátedra Anual de Historia 'Ernesto Tirado Restrepo' (Bogotá, 2000), 325-30. En las provincias las celebraciones ocasionalmente hicieron mención de las civilizaciones precolombinas. Véase José Alejandro Ruiz, 'Excelsior', *Centenario de la independencia de la Provincia de Tunja* (Tunja, 1913), 52.
- xviii Isaza y Marroquín, comps. *Primer centenario de la independencia de Colombia*, 70.